

## **Jueves Santo A2020**

Hoy celebramos la institución de dos sacramentos importantes en la vida de la Iglesia, es decir, la Eucaristía y el sacerdocio. Todas las lecturas de este Jueves Santo nos llevan al corazón del misterio de la vida de Jesús. Nos recuerdan que lo que sucedió en la noche en que Jesús fue entregado, fue algo profundamente arraigado en la tradición judía a la que Jesús le dio un nuevo significado y un nuevo sentido.

La primera lectura del libro del Éxodo recuerda el evento de la liberación de los hebreos de Egipto. La noche de su liberación, de hecho, Dios les recomendó que tomaran de su ganado y que sacrificaran un cordero sin mancha cuya sangre deberían aplicar a los postes de las puertas y al dintel de cada casa.

Esta fue una señal por la cual tuvieron que ser reconocidos como el pueblo de Dios y salvados de la muerte como el primogénito de la tierra, ya que tanto los hombres como las bestias debían, ser matados esta noche. Dios les ordenó también celebrar ese día como una institución perpetua para las generaciones futuras en memoria de su liberación.

Fue en la noche de la celebración de la Pascua judía que Jesús estaba comiendo por última vez con sus discípulos. Esa noche, lo que era un monumento conmemorativo del pasado se convirtió en algo totalmente nuevo cuando Jesús se identificó con el cordero del sacrificio, haciendo coincidir el pasado y el presente en su persona.

Como dice San Pablo: "La noche en que fue entregado, Jesús tomó pan y, después de dar gracias, lo partió y dijo:" Este es mi cuerpo, que es entregado por ustedes; hagan esto en conmemoración mía". De igual manera, tomando la copa, después de haber cenado, dijo: "Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Todas las veces que la beban háganlo en memoria mía".

En esta perspectiva, cada vez que se celebra la Eucaristía, la comunidad cristiana proclama la muerte del Señor Jesús, que se ha convertido en nuestro sacrificio pascual y que nos libera del mal. Por eso, en los signos de pan y vino, el verdadero Cordero que quita el pecado del mundo está presente. En la consagración del pan y el vino, Jesús mismo viene a nosotros para sanarnos y traernos la salvación de Dios de la misma manera que el cordero del sacrificio ha contribuido a la salvación de los israelitas esa noche en Egipto.

Además, al ordenar a sus apóstoles que siempre hagan lo que hizo en memoria de él, Jesús instituyó el ministerio sacramental del sacerdocio. El sacerdocio y la Eucaristía, de hecho, están unidos. Como uno no puede ir sin el otro; Es imposible entender uno sin el otro. Todos se mantienen unidos como hermanos gemelos, contribuyendo de manera más específica, de acuerdo con la voluntad del Señor, a la salvación de la humanidad.

En la Eucaristía, tenemos dos tipos de relación, una vertical y otra horizontal. La relación vertical es la que refuerza nuestra comunión con el Señor. De hecho, en la celebración de la Eucaristía, estamos unidos con Cristo que se ofrece al Padre en sacrificio por nuestra salvación.

En este sentido, cuando recibimos la Eucaristía, formamos un solo cuerpo con Cristo cuando participamos de su cuerpo y su sangre. En este momento está en nosotros y nosotros estamos en él. Al mismo tiempo, la comunión que recibimos nos vigoriza para que podamos continuar nuestra peregrinación hasta el día en que seremos recibidos en el banquete eterno en el cielo.

La relación horizontal es la que refuerza nuestra unidad unos con otros como cuerpo de Cristo, es decir, la iglesia. De hecho, cuando Jesús recomendó a sus discípulos lavarse los pies unos a otros al seguir su ejemplo, estaba estableciendo la dimensión horizontal de la Eucaristía. Por eso, en la Eucaristía no solo estamos unidos al Señor Jesús, sino también a los hermanos y hermanas con quienes participamos en el sacrificio del Señor.

En este sentido, la Eucaristía es un sacrificio y una señal de nuestra entrega a Jesús con el Padre, y al mismo tiempo, una señal de nuestra unidad como hermanos y hermanas en Jesucristo. Lo que yace en la institución de la Eucaristía es un profundo misterio.

La Eucaristía expresa el don del amor total al servicio de nuestros hermanos y hermanas. Por esta razón, al lavar los pies de los discípulos, Jesús muestra que al dedicar nuestra vida al bienestar de nuestros semejantes podemos asemejarnos a él.

Es por eso que el sacerdocio, que es igualmente el ministerio de la consagración del cuerpo y la sangre de Cristo para la salvación del mundo, es sobre todo un servicio. Ser sacerdote no es ser un jefe, sino ser un sirviente. Ser sacerdote significa ser como Cristo, renunciar a su propia vida para la salvación de nuestros hermanos y hermanas, hacer todo lo que esté en nuestro poder para que quienes nos confían vengan a la salvación.

Oremos hoy por nuestros sacerdotes para que vivan según el ejemplo de Cristo, totalmente entregados a los demás y al servicio del reino de Dios. Oremos por los líderes de nuestra Iglesia para que sean guiados por el Espíritu de Cristo al dirigir correctamente y sin error al pueblo de Dios a la plenitud de la salvación. Oremos unos por otros para que el Señor nos ayude a estar al servicio de nuestros semejantes al ejemplo de Cristo. Que Dios los bendiga a todos!

**Éxodo 12: 1-8, 11-14; 1 Corintios 11: 23-26; Juan 13: 1-15**



Fecha de la Homilía: el 09 de Abril, 2020  
© 2019 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)  
El nombre de Documento: 20190409homilia.pdf